

de ese diario que Voltaire debía combatir más tarde como el más terrible de sus adversarios. Desde su origen, esta nueva hoja, que adoptaba el plan del *Journal des Savants* con notables perfeccionamientos, había prometido dar á menudo obras manuscritas, explicaciones de medallas curiosas, noticias de los descubrimientos científicos, é ilustraciones sobre ciertos pasajes de Escritura Santa. El comité de redacción, que tenía su centro en el Colegio de Luis el Grande, en París, se había comprometido á guardar una estricta neutralidad en las contiendas científicas y literarias, «exceptuando, decía, cuando se trate de religión, de las buenas

costumbres, ó del Estado, en que no es permitido permanecer neutral.» En general los redactores se mostraron fieles á ese programa; pero cuando la secta filosófica se desencadenó contra la religión, la moral y el gobierno, creyóse obligada á tomar por su cuenta la defensa de la sociedad, y á rechazar con armas menos corteses los audaces ataques que se dirigían á los dogmas, á las opiniones y á los más respetables sentimientos.

El *Journal de Trevoux* se convirtió entonces en una especie de fortaleza, desde donde la crítica religiosa dominaba las ciencias y las letras. Durante más de sesenta años, es decir, hasta la expulsión de



La cuerda floja. —El incomparable Ravel

los jesuitas, hubo, pues, en el colegio de Luis el Grande, según expresión del abate Masony, «una especie de tribunal permanente de literatura, que el célebre Pison, en su estilo enfático, tenía costumbre de llamar la *cámara ardiente de las reputaciones literarias*, siempre temido por los hombres de letras como el foco y fuente principal de la opinión pública en París.» Entre el número de los principales redactores que trabajaron en esta interesante publicación, en la que el espíritu de crítica más justo y más elevado se levantaba sin cesar por encima de las querellas literarias, es necesario citar á los Padres Catron, Ducerceau, Brumoy, Charlevoix, Daniel, Berthier, etc. Para ser equitables hemos de decir, que ese diario, inspirado y redactado por los mejores escritores de la Compañía de Jesús, prestó los más grandes servicios á la causa de la religión, evitando casi siempre ser el órgano particular de los jesuitas, mientras que el diario de los jansenistas que principió tan solo á aparecer en 1728 con el título de *Nouvelles ecclesiastiques*, no fué jamás más

que una obra de partido ciego, violento é intratable. Ese diario, que se publicaba clandestinamente en épocas indeterminadas, y que se imprimía en secreto, no contenía más que artículos de discusión religiosa, llenos de rencor y de acrimonia, en los cuales la crítica literaria no tenía grandes ocasiones de quejarse. Eran como lo anunciaba el segundo título del diario *Memorias para servir á la historia de la Constitución Unigenitus*. La policía tenía sin cesar los ojos abiertos, para descubrir la oficina misteriosa en donde se elaboraba este periódico, que daba testimonio de la vitalidad y de la audacia del jansenismo; pero jamás consiguió la policía descubrir á los redactores, impresores y repartidores de las *Nouvelles ecclesiastiques* que sobrevivieron al *Diario de Trevoux* y que contaban ya por lo menos doscientos sesenta y cuatro tomos en dozavo cuando dejaron los jesuitas de tener su dirección y responsabilidad.

La policía, que tan vano empeño se había dado para encontrar el laboratorio de dicho periódico, no fué

más hábil para descubrir los autores de otra especie de publicación periódica que tuvo curso durante todo el siglo XVIII, bajo el genérico nombre de *Nouvelles á la main*. Se llamaban así, diarios manuscritos que el correo se encargaba, sin saberlo, de hacer que llegaran á sus suscritores de la ciudad ó de provincias, y que salían de diferentes fábricas de noticias. Los redactores anónimos eran gentes de letras famélicos, ú hombres del mundo maliciosos, ó simples espías de la policía. Esa especie de diarios manuscritos nacieron hacia últimos del siglo XVII, cuando la censura más inquieta y puntillosa velaba sobre la redacción de la *Gaceta* y del *Mercurio galante*. Pro-

cedían, en línea recta, de esas gacetas en verso de que había dado Loret la primera muestra, y que se enviaban manuscritas á los corresponsales ordinarios de ciertos grupos de la buena sociedad de Versalles y de París. La *Musa histórica*, de Loret, no se imprimió en hojas volantes sino á consecuencia del creciente aumento de abonados y de lectores de la correspondencia rimada del poeta de la duquesa de Longueville. Después de él, Robinet, Boursault, Subigny y otros, habían continuado á más y mejor la moda de los diarios en verso, con la protección de la reina y de los príncipes ó princesas de la sangre; pero después que la señora de Maintenon se



Interior del Circo de Palais-Royal, 1778. —Incendiado en 1798

encontró hecho blanco de las indiscreciones y torpezas poéticas de los autores de gacetas en verso, Luis XIV puso orden á ello suprimiendo en absoluto esas rimas periódicas. Las gacetas en prosa llamadas *Nouvelles á la main*, las reemplazaron, y aunque los repartidores de esas gacetas manuscritas, ó bien los escribientes que hacían el oficio de copiarlas, fueron á menudo detenidos y encerrados en la Bastilla, no se conocen los nombres de los autores de esas gacetas fuera tal vez del famoso caballero de la Molière. Por lo demás, como lo decía Manuel, en la *Bastille dévoilée*, «el número de escritores de esta especie aumentaba ó disminuía en proporción de lo que se permitía ó prohibía más ó menos severamente la circulación de obras impresas sin privilegio; pero, de todo tiempo los noticieros á la mano burlaron los sabuesos de la policía, pues los utensilios de un escritor de gacetas se reducen á una pluma, un escritorio y una hoja de papel.» Hanse conservado aquí y allá algunas hojas de esas gacetas del tiempo de la regencia, y el cu-

rioso diario de policía, del año 1742, encontrado en la Bastilla y publicado en la *Revista retrospectiva*, de Toscheveau y Monmerque, habla de ellas así: «Desde que se han suprimido las *Nouvelles á la main*, un autor anónimo continúa suministrando una hoja á Colonia; el embarazo en que se halla para llenarla le fuerza á recurrir á conjeturas.» El diario de Barbier, en Mayo de 1743, da mayores detalles, con ocasión de un decreto del Parlamento que prohíbe «componer y vender toda clase de escritos llamados *Gacetas* ó *Nouvelles á la main*, bajo pena de azotes y de destierro por la primera vez: «Un particular, dice el abogado Barbier, había obtenido un permiso tácito para entregar noticias á la mano, que eran sin cesar, empero, visitadas y aprobadas en la policía por algún dependiente encargado de esta inspección. Esta publicación se distribuía en las casas y en los cafés, dos veces por semana. Pagaban treinta ó cuarenta sueldos por mes, y esto reportaba un producto considerable. En esas noticias á la mano se veían á menudo noticias falsas, y

se insertaban en ellas hechos privados, como matrimonios, cargas, sucesiones, y con este pretexto á menudo se publicaban hechos falsos é injuriosos.» Una publicación análoga, pero mucho más picante y menos embustera, tomó vuelo allá por 1746 y sin duda con un permiso tácito de la policía, por cuanto salía de casa de madame Doublet de Persan, mujer de un intendente de comercio, que reunía en su casa muchos académicos y hombres de letras distinguidos que llevaban noticias y que las hacían registrar, como en los archivos de la maledicencia, por el famoso Petit de Bachaumont.

Además de las noticias á la mano, multitud de libelos y de obras satíricas llovían como granizo sobre las gentes de la corte y sobre las gentes conocidas, sobre los literatos y sobre los artistas. Esos libelos eran distribuidos bajo capa, por repartidores que no cuidaban de pedir la autorización de la justicia. Cada suceso de sensación ó de escándalo, cada obra de teatro, un éxito, cada proceso singular, servía de tema á alguna bufonada, á alguna sátira en verso ó en prosa impresas clandestinamente. Si eran epigramas ó canciones, circulaban manuscritos y pasaban rápidamente de mano en mano; en un mismo día, todo el mundo las sabía de memoria, sobre todo en los cafés y en los centros donde se reunían los ingenios. A últimos del reinado de Luis XIV, á pesar de las severidades de la policía, Aymon, porta-manto del rey, dió satisfacción á su chispa, creando un tribunal secreto, en el que malignos rimadores, tales como Desfontaines, Gacon, Roy, expedían un privilegio en versos burlescos para formar parte del *Regimiento de la Calotte*, á todo individuo cuya conducta se prestase á la censura ó al ridículo. El *Regimiento* no era, pues, mas que la reunión de todos los locos. La colección de diplomas de la *Calotte* debía formar, según el dicho del conde de Maurepas, que era uno de los jueces del tribunal, «la historia verídica é imparcial de las locuras, de los errores, de las modas depravadas, del libertinaje y de los ridículos.» Maurepas nos enseña, en sus *Memorias*, que, bajo la regencia y más tarde esas bufonadas, eran un medio de gobierno: «Una *Calotina*,—dice,—se publicaba de ordinario por orden del ministro, y sobre la marcha aquel sobre quien daba caía en el ridículo, del que no se levantaba mas. Jamás se levantara nadie de un ridículo bien puesto.» Algunas veces falta el ingenio á esos diplomas de *Calotte*, escritos en versos de ocho sílabas, pero siempre se encuentra en ellos la malicia y á menudo la nota verdadera de la opinión del momento. Por lo demás, en general, estas pasquinadas

rimadas eran bien inofensivas, y hasta cuando se dirigían á señoras, encerraban un homenaje gracioso y delicado en bonitos versos. Sin embargo, hubo atroces sátiras, lanzadas bajo forma de privilegios, contra los financieros y los golillas, pero el tribunal de la *Calotte* era extraño á esas venganzas anónimas. Muchos personajes ambiciosos, muchos autores distinguidos desdeñaban esos ataques cobardes y pérfidos de la calumnia; y no pedían la intervención de la policía para descubrir los autores, y la policía de ordinario no obraba sino cuando se le formulaba una denuncia. Sin embargo, se mostraba más atenta á arrancarlos, ante los insolentes y difamatorios impresos ó escritos á la mano, que se fijaban todas las noches en las calles de París. Era esta una publicidad de mal género, á la que se entregaban las agrupaciones y los partidos contra sus adversarios. No es posible figurarse cuán grande era la audacia de los fijadores. Algunas veces un hombre cargado de un serón se apoyaba sobre un muro, fingiendo descansar, cuando se abría aquel por la espalda y un niño aplicaba el anuncio que llevaba ya á prevención encolado. Luégo, se cerraba el serón, y el hombre que lo llevaba continuaba hacia otra parte su camino y su obra.

Esos libelos impresos, esas noticias á la mano, esos versos y esas canciones satíricas encontraban, en los cafés de París, mil ecos cuotidianos que los difundían de un extremo á otro de la ciudad, pues los concurrentes del café pertenecían sobre todo á la clase, cada vez más numerosa, de los poetas y de los literatos, de los comediantes, de los curiales ó arma ruidos, en una palabra, de todos los desocupados, curiosos y malas lenguas. Los cafés no databan mas que de últimos del siglo XVII, y desde luégo obtuvieron casi inmediatamente el favor de una cierta parte del público. El caballero de Mailly hacía en estos términos el elogio de esos puntos de reunión, en 1702: «Los cafés son sitios muy agradables, donde se encuentran toda clase de personas y de caracteres diferentes. Vense allí caballeros jóvenes y bien plantados, que se divierten agradablemente; se ven también allí personas sabias que vienen á descansar su espíritu del trabajo del gabinete; y se ven también á otros cuyo mérito defienden su gravedad y el desarrollo de su barriga. Estos imponen á menudo silencio al más hábil, elevando el tono, y esforzándose en elogiar todo lo que es digno de censura, censurando á la vez todo lo que es digno de elogio. ¡Qué diversión para un hombre de ingenio no es ver á tantos originales erigirse en árbitros del buen gusto y decidir con un tono imperioso

lo que está por encima de su alcance!»—*Entretiens des cafes de Paris*.—Mailly nos hace saber que las mujeres entraban en ellos para tomar té ó café, beber vinos ó licores con bizcochos, macarrones y mazapanes. Los hombres bebían toda clase de bebidas. Las citas se daban ya en los cafés, donde se entraba para descansar, ó para arreglar un negocio, tomando un refresco, que en verano el de moda era limonada ú horchata. Los cafés, en donde se entraba para refrescar, eran los más numerosos, pero en algunos otros se entraba á buscar noticias, escuchar conversaciones interesantes y tomar parte en ellas. Los tres principales cafés eran el de Duverger, al extremo del muelle de los Agustinos, donde se reunían los noticieros y los gacetistas políticos; el de Procope en frente de la Comedia francesa, en la actualidad calle de la Antigua comedia, en donde se encontraban actores, autores dramáticos y aficionados al teatro; el de Gradot, en el muelle de la Escuela donde se reunían los espíritus fuertes, los sabios y los buenos jugadores de ajedrez. Pero el café de la viuda Laurens, situado calle Dauphine, había sido en un principio frecuentado por los hombres de letras, que se alejaron de él, á consecuencia de un proceso comprometedor de J. B. Rousseau.

Ese proceso que tanto ruido armó, es un triste ejemplo de lo que podían producir los celos y las venganzas literarias. El fracaso ruidoso de la pequeña comedia *Los caprichosos* en 1700, había irritado vivamente á J. Bautista Rousseau, que era el autor á quien tan cruel é injustamente se había silbado. De este fracaso acusaba á los hombres de letras que encontraba todos los días en el café de la viuda Laurens, que no le perdonaban su incontestable reputación de poeta lírico, sobre todo no le perdonaban sus epigramas y sus sátiras. Rousseau, de quien nadie negaba el talento poético, se había alienado la mayor parte de sus colegas por la acrimonia y malignidad de su carácter. Así quiso vengarse del mal éxito de su *Caprichoso* componiendo unas coplas injuriosas contra Dauchet con motivo de la ópera *Hesione* que había tenido buen éxito. Dauchet era amado de todo el mundo, y los concurrentes del café Laurens tomaron partido y causa por él. Nuevas coplas y nuevos epigramas atacaron á los amigos de Dauchet, y estos versos satíricos aparecían en todos los rincones del café, creyóse reconocer en ellos la mano y el estilo de Rousseau, que se defendió bastante mal. Los acusadores eran la Motte-Houdard, Saurin, Dauchet Crebillon, Boindin, Autreau, la Faye, y algunos otros distinguidos literatos. Rousseau tuvo intento de hacerse

justicia á sí mismo, no volviendo más al café, en donde continuaban apareciendo debajo de las mismas coplas aún más atroces que las primeras. No se dudó ya que Rousseau no fuera el insolente autor de tales provocaciones, y: «Héteme aquí, dice él, en una *Memoria* justificativa escrita en tono socarrón, héteme aquí colocado en el rango de los monstruos que es necesario ahogar en comunidad.»

Tan pronto dejó de aparecer por el café Laurens Rousseau, se recibían por correo multitud de cartas anónimas, conteniendo canciones atroces contra las personas que se reunían en dicho café, más aún, las mismas infamias se enviaban al café vecino en donde Rousseau jamás concurrió. «El partido que he tomado, dice en su *Memoria*, ha sido el de hacer una declaración, que estaba pronto á firmar, declarando que el autor de tales libelos era el mayor truhán del mundo. Esto hecho, he renunciado, por el resto de mi vida, á ir á los sitios públicos donde gentes como nosotros corren un riesgo bien grande, por la mezcla de gentes que no se conocen y hasta por parte de las gentes que se conoce y que no son muy dignas. Desde que he dejado de concurrir, me he hecho más atento á mis negocios, más asiduo á verme en buena compañía, y en economizar mejor mi tiempo. Era necesaria una desgracia para arrancarme á la depravación de un sitio, donde después de todo, no se honran los que á ellos concurren.»

La clientela acostumbrada de los cafés se indignó de esta manera de señalar muy poco atenta, y se pronunció contra Rousseau, que se mantenía lo más alejado posible de sus enemigos. Estos formaron una grande cábala, y él no osó afrontar de nuevo el teatro. Como hecho inexplicable queda, que de tiempo en tiempo, durante diez años, se hacían circular coplas mal intencionadas que se atribuían siempre á Rousseau y de las que la fuente quedaba siempre desconocida. Rousseau no se dignaba siquiera desautorizarlas, pero compuso varios epigramas contra la Motte que se presentaba en concurrencia con él para entrar en la Academia francesa. La cábala de los cafés tuvo una influencia marcada en favor de la Motte, que fué elegido. Entonces comenzó de nuevo la guerra de las coplas contra la agrupación del café Laurens, y esas coplas eran tan abominables y tan llenas de calumnias feroces, que los interesados resolvieron tomar venganza, y administrar una corrección pública al supuesto autor de las infames coplas. Rousseau denunció el hecho, y la Faye le acusó de difamación. Rousseau intentó en vano hacer caer la acusación sobre Saurin, á quien había denunciado como autor

de las famosas coplas. Ese memorable proceso, que fué la preocupación y la conversación de los cafés de París, se terminó por un decreto del Parlamento, —7 de Abril de 1712,— condenando á Rousseau á destierro perpetuo «como convicto y confeso de haber distribuido versos impresos, satíricos y difamatorios» origen de tan largos debates. Rousseau, que había huído, protestó sin cesar de su inocencia, persistiendo en sostener que las coplas se habían compuesto por Saurin, con el concurso de la Motte y de un joyero llamado Malfaire. «Es indudable, decía Voltaire, veinte años después de la muerte del desgraciado desterrado, que no solo fué culpable



Teatro de la Opera, 1781, luégo teatro de la Puerta de San Martín, desde 1792

había abandonado al café Laurens por el café Procopio, donde iban asiduamente Dumarsais, Terrasson y Fréret, que no eran más que meros escépticos, bastante ingenuos, pero con mucho ingenio y erudición. Boislin, con menos sagacidad, era más ingenuo aún y más elocuente, y no tenía nunca más originalidad que cuando tenía culpa y no quería confesarla. «Era un hombre razonable de piés á cabeza, dicen las *Memorias* de Duclos; pero en cuanto tenía un oyente, ya no ambicionaba más que los aplausos, y se entregaba á la paradoja, y en la contradicción era duro.» Los oyentes no le faltaban en el café Procopio, donde pasaba una parte de sus días y de sus noches. Los espías que iban á este café á estudiar las corrientes de la opinión; y á apreciar el estado del espíritu público, advertían á menudo á Boislin que no se comprometiera con sus teorías demasiado materialistas; algunas veces también cerraban los oídos para no verse obligados á señalar, en sus informes, sus detestables impiedades. Un día Marmontel, que todavía no era más que

Rousseau de tal infamia, sino también del espantoso crimen de acusar á un inocente.» Y sin embargo, Boislin, había ya justificado á Rousseau, en una especie de testamento en el que daba, aunque tardíamente, culto á la verdad, confesando que las famosas coplas habían sido el resultado de un horrible complot tramado para perder al pobre poeta.

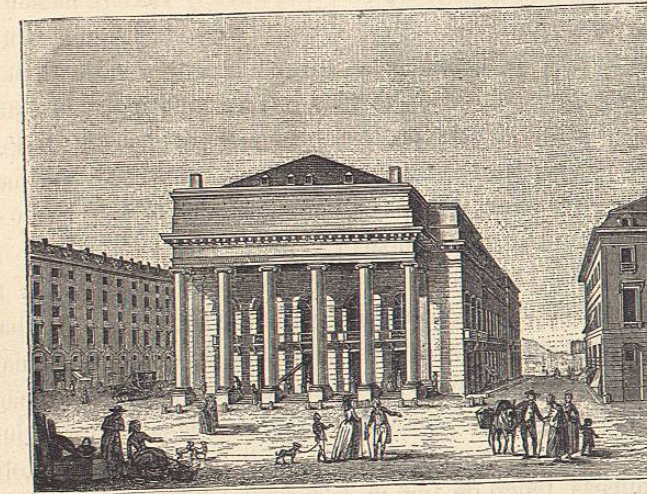
Ese Boislin, que era calificado de ateo en esas coplas atribuídas á Rousseau, paseaba su ateísmo de ergotista por los cafés de París, en donde la gente se amontonaba por oírle discutir con su amigo Fréret, sobre las más arduas cuestiones de la metafísica. Boislin, después del asunto de las coplas, ha-

un filósofo aprendiz, le dió cita en el café Procopio para hablar juntos de materias filosóficas. Conviniéron entre los dos en una especie de jerga para burlar á la policía que estaban seguros de encontrar en el café, y con arreglo á este lenguaje disfrazado, la alma se llamaba *Margot*; la religión *Favotte*; la libertad *Jeannette*, y Dios *M. de l'Étre*. Un hombre de mala catadura fué á sentarse al lado de los dos para escucharles. «¿Me permitiréis, les dijo después de haber escuchado sin comprender una palabra, quién es ese *M. de l'Étre* de quien parece que estáis tan descontento?—Caballero, respondió brusca-mente Boislin, es un espía de la policía, ¿le conoceríais acaso?»

Los filósofos debían más tarde trasladar sus reuniones ordinarias al café de la Regencia, en la plaza del Palais-Royal, cuando Diderot y de Alembert iban allí todos los días, menos para jugar al ajedrez que para profesar un curso público de filosofía trascendental. El café Procopio continuó siendo el centro de los poetas, de los autores dramáticos, de los

comediantes y sobre todo de los críticos. Desfontaines y Piron no dejaban de ir de vez en cuando, y su entrada era acogida con tanta curiosidad como simpatía, pues la conversación que de ordinario entablaban sobre cuestiones literarias era un poco picante y tenía una animación á la que no era insensible la gente. Hacíase silencio siempre á su alrededor para no perder una palabra. El abate Desfontaines, que ocultaba su malicia con una urbanidad extrema, buscaba gustoso la conversación de Piron, porque estaba seguro de encontrar en ella esa sal ática, esas salidas ingeniosas y divertidas que constituían el encanto de la conversación; pero á

pesar de todo su ingenio, muchas veces se encontraba incapaz de sostener la lucha con Piron, que siempre ponía de su lado á los bromistas. «Un día que nuestro abate estaba en el café Procopio, en donde iba á menudo, cuenta el abate de la Porte, uno de sus amigos y colaboradores de Desfontaines vió entrar á Piron con un traje muy rico. «Señores, ¿un traje así conviene á un poeta?—Señores, respondió el poeta designando al abate, ¿este hombre conviene á su traje?—Desfontaines llevaba aún el traje eclesiástico, aún cuando hubiese abandonado ya su puesto de profesor de humanidades en el colegio de los jesuitas, desde que el abate Bignon le



Teatro Italiano.—Sala Favart, 1783

había llevado á la redacción del *Journal des Savants*.

Eran, pues, los cafés, campos cerrados eternamente entregados á las querellas y á las discusiones literarias entre los poetas, los novelistas y los críticos. Se comprende que esas discusiones ruidosas y á menudo deshonestas hubiesen ahuyentado á las señoras, cuya presencia en tales sitios públicos, no juzgaba «contraria al buen tono» el caballero de Mailly. Las bonitas y donosas personas que no desdaban concurrir á un café á principios de siglo, para conversar con sus amigos, cedieron muy pronto el puesto á las gentiles damas del establecimiento, en el que la franqueza y la poca aprensión de las costumbres locales estaban en perfecta armonía con las intemperancias de la palabra. Sin embargo, nunca se consintió el fumar, y el uso de la pipa, por otra parte poco difundida, era considerado como vicio de gentes mal educadas, habiendo producido la creación de tabaquerías, que no recibían más que fumadores y bebedores. El autor de *Diógenes á Pa-*

*ris*,—1787,—creyó poder asegurar «que era al establecimiento de tan gran número de cafés, á lo que se debe la apariencia de dulzura y de urbanidad que brilla en las personas,» pues, antes de su establecimiento, todo el mundo iba á la taberna, donde eran riñas y cuestiones entre los borrachos. J. M. Dufour, en la obra anónima citada más arriba, añade, detalle curioso, que ciertos autores que frecuentaban los cafés por este tiempo, tomaban hasta setenta tazas de café por día. «Sería un espectáculo divertido, dice, para un fisionomista como Lavater, que quisiera entregarse á su estudio, pasar revista á las gentes que pasan todos los días al café. En parte alguna se oyen más majaderías. Por uno que tenga un poco de razón, se encontrarán mil que no tienen siquiera el sentido común más vulgar, pues casi todo el mundo se refugia en los cafés, y los burgueses de París no son unos genios.» La conversación se hacía algunas veces general en los cafés, donde todo el mundo se conocía, á consecuencia de la frecuentación diaria, pero habían otros cafés en donde